

María Jesús Montoya e Inés Serna: memorias en clave morse

María Jesús Montoya and Inés Serna: Memoirs in Morse Code

Por Edgar Antonio Aparicio Montoya¹

Resumen: la historia de la telegrafía, un medio de comunicación ya desaparecido, es el eje central de esta contribución. El trabajo aborda este oficio tanto desde una presentación conceptual sobre ese medio de comunicación, como desde las experiencias personales vividas por el autor a partir de la cercanía familiar con esta labor. Ello le permite acercarse a la vida y trayectoria de dos mujeres antioqueñas que desempeñaron esta labor en la segunda mitad del siglo XX en varios pueblos de Antioquia.

Palabras clave: telégrafo en Colombia – telégrafo en Antioquia - telegrafía – telegrama – telegrafistas – medios de comunicación.

Abstract: The history of telegraphy, a media already forgotted, is the main idea of this contribution. This paper addresses this trade from both a conceptual presentation of this media, and from the personal experiences of the author based on family closeness with this work. This allows an approach to life and career of two Antioquian women who performed this work in the second half of the twentieth century in several towns in Antioquia.

Keywords: telegraph in Colombia – telegraph in Antioquia – telegraphy in Antioquia, – telegraphy – telegram – telegraphists – media.

1. Historiador de la Universidad de Antioquia. Desde el año 2014 es miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia. Es autor, entre otras obras, del libro *Marceliano Vélez Barreneche: El Conservador que se enfrentó a la Regeneración*, Secretaría de Educación de Antioquia, Medellín, 2011.



Inesita en la oficina de telégrafos de El Santuario (Antioquia) 1956

1. Un poco de historia

Desde la aparición del hombre en la Tierra, la comunicación ha sido fundamental para poder existir, como ser y como especie. Al no poder existir sin la posibilidad de compartir con otros sus pensamientos, ideas y sentimientos, el hombre vio la necesidad de comunicarse a grandes distancias, lo que lo ha llevado a ser creativo e innovador. No obstante, el sorprendente desarrollo de las telecomunicaciones no ha sido producto de los últimos años, sino parte del proceso evolutivo de la sociedad. De ahí que, en la comunicación exista una infinita escala de valores, y abarca desde el más elemental de los gestos, el grito, hasta la transmisión por satélite artificial.

A partir del siglo XVIII, se dan determinadas condiciones sociopolíticas que hicieron necesario el despliegue de redes de comunicación rápidas y permanentes, pues las fronteras empiezan a correr serio peligro. Además, cuando apareció el ferrocarril en Inglaterra (1825), se hizo patente esta necesidad. Empiezan a aparecer entonces formas más rápidas para la transmisión de los mensajes, eliminando la parte física, el papel por ejemplo.

Es así como en los años 30 y 40 del siglo XIX, aparece el telégrafo,² inventado por el norteamericano Samuel Morse quien logró, en 1837, construir un telégrafo y un alfabeto, el código Morse³, verdaderamente prácticos para enviar recados. Y cuyo primer mensaje fue enviado en 1844.

El invento del telégrafo fue la primera manifestación de progreso en la comunicación instantánea. Todo fue a través de un hilo de alambre que sólo contaba con señales de madera movidas manualmente por los telegrafistas, que se convirtió en un gigantesco salto de las co-

2. La palabra telegrafía viene del griego: teles = distancia y grafos = escritura, o sea «escritura a distancia». Todo mensaje enviado por este sistema recibe el nombre de telegrama. Los operadores que hacen el trabajo de enviar y recibir son telegrafistas y el conjunto de aparatos para tal fin constituye el telégrafo. El telégrafo se usaba más que todo para casos especiales. Los telegramas se emplean entonces, para hacer llegar pequeños mensajes de especial relevancia que necesitaban ser entregados en el mismo día, a domicilio y bajo firma.

3. El código Morse un sistema consistente en rayas y puntos permitía codificar el alfabeto mediante la apertura y el cierre, corto o largo, de un circuito eléctrico.

municaciones del siglo XIX, que permitió que los mensajes llegaran a lugares lejanos por medio de cables tendidos permitiendo a la humanidad conectarse a largas distancias. Fue, por consiguiente, el origen de todos los procesos de información y medios de comunicación, siendo una tecnología transformadora para revolucionar la sociedad.

2. El telégrafo en Colombia

Los antecedentes históricos de las telecomunicaciones en Colombia se remontan hasta 1847. Pero sólo en 1855 se estrenó la primera línea telegráfica colombiana, sin embargo hoy no pertenece a nuestro territorio ya que fue la que comunicó el ferrocarril de Panamá.

De ahí que fue el 1.º de noviembre de 1865 cuando se inauguró el telégrafo en el actual territorio colombiano. El aislamiento de la capital colombiana empezaba a desaparecer. El correo con Honda tomaba entre tres y cinco días, en tanto que por telégrafo se podía enviar un mensaje de la capital al puerto y recibir la respuesta el mismo día.

El Estado Soberano de Antioquia se interesó desde un principio por tender los hilos telegráficos. Y el 25 de abril de 1867 circuló el primer telegrama entre Rionegro y Medellín.

Desde esos años el territorio colombiano se empezó a ver cruzado en todas direcciones por ese hilo galvanizado, encumbrado en la parte alta de los postes. En 1892 había ya cerca de 17 500 km y 560 oficinas telegráficas (Ramírez citado en Herazo Berdugo, 2010, p. 7). Esta imagen provocaba el asombro de los labriegos boquiabiertos que no alcanzaban a comprender el sentido de tan extraña iniciativa. Un ejemplo de ello es el siguiente hecho anecdótico sucedido en 1896, cuando se inaugura este servicio en el municipio de La Estrella, Antioquia:

¿Y cómo será que funciona esa máquina?, era la pregunta recurrente que le robó por varios días los pensamientos a las gentes. Se conjeturaba acerca de la manera como salían y llegaban los “partes”. Pensaban unos que el alambre era un tubo por donde corrían “los papelitos” enrollados. Otros opinaban airosos que los “partes” se iban cabalgando sobre la línea. Los más avezados daban explicaciones más racionales que acudían a la física: todas las comunicaciones se

hacen por medio de golpecitos que los telegrafistas dan en un aparato eléctrico, tales golpes iban y venían a merced de la electricidad. Quien no se dejó impresionar fue un cabildante. El honorable concejal se negaba a disponer una suma del erario público para invertirla en el alquiler del local para la oficina. Con sus argumentos arraigados en la lógica tradicional montañera, se negaba diciendo: "siempre hemos comido y bebido sin ese bejuco, pues ahora sigamos viviendo tranquilos sin esa novelería. (Botero, 2006. pp. 6-12)

Estas líneas telegráficas se construyeron entonces venciendo no sólo la geografía de las regiones por las que pasaban las líneas telegráficas, sino también todo tipo de obstáculos de tipo cultural. Los campesinos de muchas localidades por las que pasaban las líneas las destruían creyendo que el sistema era engendro del demonio. Además, acosaban al personal de instalación imposibilitando su labor. Otros utilizaban los alambres para fabricar cercas y los postes para estacas e incluso para leña, mientras que los aisladores servían como vasos para ingerir licor en las tiendas del camino.

Para finales del siglo XIX, el desarrollo de las telecomunicaciones del país había llegado a conformar la estructura básica de su organización, con un modelo de telecomunicaciones no totalmente centralizado y estatal como en el caso europeo, ni tampoco totalmente privado y distribuido como puede ser el caso americano. Este modelo permaneció a lo largo del siglo XX.

Como era lógico todas las novedades e invenciones a lo largo del siglo XX, como fueron la radiotelegrafía, la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el télex, el circuito integrado, el satélite, la Internet, entre muchos otros, modificaron las características y las funciones del telégrafo, suprimiendo la utilización de la telegrafía.

3. Escuela telegráfica

El telégrafo en Morse creó en Colombia desde mediados del siglo XIX una industria totalmente nueva. Lo que demandó la formación de personal especializado, por ello el gobierno creó las Escuelas de Telegrafía; donde se capacitaba a los encargados en la destreza de operar los aparatos telegráficos.

El Gobierno, fuera de formar hombres telegrafistas, pensó en formar mujeres para ejercer dicho oficio. Y es en 1872 cuando se establece la clase de telegrafía en la Escuela Normal de Mujeres de Cundinamarca. Provocando una revolución en la sociedad conservadora de la época, al abrir una opción laboral a las mujeres. Un segmento hasta entonces relegado a las labores domésticas, a ser maestras o a la vida monástica.

Sin embargo, los estudios fueron suspendidos por la presión social e hizo que las mujeres fueran reemplazadas por hombres. En este primer intento nueve alumnas alcanzaron a presentar sus exámenes. Gabriela Peláez Echeverri, afirma que: "De éste grupo de mujeres el primero que en nuestra historia técnicamente se preparó para desempeñar una profesión, fueron nombradas las dos primeras señoras telegrafistas en Nemocón y La Mesa" (Velásquez Toro, 2009, s.p.). Esta escuela otorgó el primer diploma a Enriqueta González Borda (Gómez Rodríguez, 2012).

Nueve años después, 1881, se creó en Bogotá una nueva Escuela de Telegrafistas, la cual antes de ser clausurada en el año de 1888, había sido convertida en femenina.⁴ Excluyendo con esto a la población masculina que quisiera ingresar a esta escuela.

Para finales del siglo XIX, a pesar de las críticas, la telegrafía había pasado a ser ocupada poco a poco por jovencitas. Convirtiéndose la administración telegráfica en la primera en incorporar personal femenino a esa función pública ya en el siglo XIX.

Dos de estas mujeres que se desempeñaron en dicho oficio entre los años 1950-1974 fueron mi madre María Jesús Montoya Salazar de Aparicio y Clara Inés Serna Serna.

4. La escuela fue convertida en femenina, por razones que tienen que ver con el buen servicio teleográfico y por algunas suposiciones que parecen provenir de chismes en vez de argumentos sólidos: "por experiencia obtenida en Inglaterra y los Estados Unidos de América y otras naciones, se ha observado que las mujeres tienen aptitudes especiales para ejercer la profesión de telegrafistas, aptitudes que deben aprovecharse para proporcionarles en nuestro país una nueva profesión con mejoramiento del servicio teleográfico" (Núñez citado en Herazo Berdugo, 2010, p. 36).

4. El telegrafista

Los telegrafistas fueron esos incansables personajes que en una armoniosa melodía, desempeñaron uno de los más delicados pero, a la vez, uno de los más prestigiosos cargos públicos. Ellos convertían las palabras en una serie de puntos y rayas, y traducían las señales que viajaban por los alambres en frases con sentido; comunicando a muchísimas personas en cualquier rincón de Colombia.

Por ello el Decreto del 20 de agosto de 1869, formalizó el “destino de telegrafista” y sus responsabilidades. Este Decreto señaló un elemento esencial de esta profesión, la total reserva y confidencialidad que debían tener los telegrafistas sobre los mensajes.

De tal manera, al telegrafista se le valoraba su esfuerzo y dedicación, admirando su capacidad para manejar los extraños aparatos y códigos que utilizaban; por lo que gozaban de un alto prestigio social. Dos afirmaciones coloquiales así lo atestiguan: la primera, según la cual los tres personajes más importantes de un pueblo eran el alcalde, el cura y el telegrafista; y la segunda, el dicho de que en la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX el único cargo para el que se necesitaba conocer el oficio era el de telegrafista, los demás los podía ejercer cualquiera. Es más, varias tesis apuntan a que la telegrafía en Colombia fue un instrumento de control social materializado a través de una figura particular: el telegrafista.

El auténtico, el telegrafista, el agente, fueron los apelativos de este funcionario en Colombia.

5. María Jesús Montoya Salazar y Clara Inés Serna Serna

Mi madre e Inesita, como la llamaré de aquí en adelante, inician sus labores como telegrafistas cuando el telégrafo estaba dando sus primeros pasos hacia el olvido de las posteriores generaciones.

El trabajo de estas telegrafistas de rostros anónimos nunca fue de bajo perfil, ni mucho menos. Antes bien su oficio tuvo extrema importancia para el funcionamiento de la comunidad y el correcto movimiento del engranaje social, cultural y económico del país. Ellas tampoco figuraron en los medios de comunicación ni recibieron importantes galardones, pero fueron multiplicadoras de los valores, conocimientos y tradiciones.

Ellas son un testimonio y homenaje a un oficio caduco para la vida moderna, unas comunicadoras que crecieron en el mundo cifrado de la clave Morse y que hicieron posible la llegada de mensajes de toda índole de un lugar a otro, a través de una clave tanto musical como llana. Fue ese sonido metálico y entrecortado el que marcó sus días de trabajo en las comunicaciones colombianas.

Por intermedio de estas dos artesanas en el arte de transcribir mensajes en clave Morse, trataremos de acercarnos un poco a lo que fue dicho oficio, contando lo que fue un día de trabajo en los primeros años de la década del 50 del siglo XX, época en que ellas inician labores en el telégrafo. Años en que comunicaron a miles y miles de personas tanto en Medellín como en algunos municipios del Oriente antioqueño.

Esta parte del trabajo estará entonces soportada por los datos que ellas, mediante entrevistas, me han suministrado. Y trataré de ser lo más fiel posible a dicho relato. Solamente así, profundizando en sus experiencias es posible reconstruir, aunque sea de manera mínima, la historia de este ya desaparecido oficio.

Por lo que vale la pena reconsiderar que el mayor valor de la historia oral es que da una idea sobre el significado que para el entrevistado tuvo el suceso, más que de los detalles del suceso en sí, por lo tanto es fundamental considerar que la información que se recoge es netamente subjetiva.

Los telegrafistas por lo regular fueron descendientes de quien ejercía el mismo oficio. Tal es el caso de Inesita, quien por intermedio de su hermano Julio, quien había reemplazado a su padre en dicho oficio, ingresa a la telegrafía. Él fue el encargado de enseñarle, en su casa, el abecedario Universal del telégrafo. Como dato curioso recuerda Inesita que su hermano le fabricó un receptor y un manipulador, para que ella practicara. Así, cuando él iba a desayunar o almorzar a su casa, desde el comedor don Julio, y ella desde la cocina se transmitían ciertas palabras. Una vez aprendido el Lenguaje Universal o lenguaje Morse, su hermano la llevaba a la oficina para que aprendiera a transmitir con el manipulador (Serna Serna, 2010).

Y es que entre las funciones y deberes de los telegrafistas, establecidas por el Gobierno, estaba la de "enseñar permanentemente a dos jóvenes (...) la teoría y la práctica necesarias para el desempeño de

una oficina” (Herazo Berdugo, 2010, p. 47). Es decir, el telegrafista era responsable de la educación no-formal de la siguiente generación y con esto el Estado compartía la tarea de formar profesionales en el ramo.

Inesita permanece en dicha oficina un año como meritoria (así se llamaba a los aprendices de la telegrafía), para poder tener acceso al telégrafo. Y en 1950 es nombrada Telegrafista Administradora de Correos y Telégrafos del municipio de Cocorná, demostrando tener un oído desarrollado y capacidad para transmitir, requisitos esenciales para quienes aspiraban a ser telegrafistas.

Estando en este municipio, la niña de los telégrafos como alguna vez la llamaron, recuerda esta anécdota: ciertas personas cuando llegaban a la oficina, y al verla operando el telégrafo, ya fuera recibiendo o enviando telegramas, se enojaban al creer que ella no los quería atender, pues según ellos estaba jugando con ese aparato en lugar de trabajar (Serna Serna, 2010).

Entre tanto, mi madre estaba viviendo en Cocorná desde finales de los años 40, cuando llegó de Marinilla, para terminar sus estudios.

Una vez ya posesionada Inesita en propiedad como telegrafista, doña Susana, madre de Inesita, le propone a mi madre acompañar a su hija en la oficina con el propósito de que aprendiera el abecedario Morse y a manejar el telégrafo, mientras conseguía trabajo.

Mientras estaba aprendiendo las técnicas básicas del telégrafo, es nombrada telegrafista, en la oficina de Correos y Telégrafos en San Francisco, por entonces corregimiento de Cocorná. Asumiendo el cargo en el Ministerio de Correos y Telégrafos, el 13 de febrero de 1952.

Por tener la mano muy pequeña le costaba transmitir, por lo que la transmisión de los mensajes lo hacía de forma lenta para que le entendieran. Recuerda mi madre, que estando en Cocorná le ponían el telegrafista que peorcito transmitía, porque ella les entendía, pero también les tocaba ponerle el mejor receptor para recibir lo que ella enviaba (Montoya Salazar, 2010).

Pero si para transmitir tenía cierto problema por su mano pequeña, mi madre desarrolló otra capacidad, un poco curiosa si así puede lla-

mársele. Cuando el telégrafo no golpeaba bien, el mensaje no podía ser copiado correctamente. Sin embargo, esto para mi madre no fue obstáculo para entender lo que se transmitía, ya que ella lo copiaba no de oído sino de vista. Cuando esto sucedía ella informaba a la central: “Estoy recibiendo visión no hay sonido” (Montoya Salazar, 2010). Lo que dio para que un inspector de telégrafos al quedar sorprendido con dicha habilidad le dijera: “Cómo hace para recibirlo, la felicito porque nadie recibe eso así” (Montoya Salazar, 2010).

Entre las anécdotas que vienen a su mente nos relata que a los campesinos del corregimiento les producía diferentes reacciones ver el telégrafo. A unos les causaba temor al oír su ruido, a otros les despertaba curiosidad y preguntaban: ¿qué era eso? ¿Cómo se comunicaba? ¿Dónde estaba el teléfono? ¿Qué hacía con la mano?, y los demás eran bastante escépticos y le decían ¡¿ahí le están hablando a usted?!, ¿y eso si es verdad? Después de explicarles como era que funcionaba dicho aparato, unos lo asemejaban a una especie de brujería, y en otros despertaba admiración hacia mi madre y le expresaban “usted sí que es bien sabia al comunicarse con golpecitos” (Montoya Salazar, 2010).

Y es que para cualquier profano ver transmitir en Morse con el manipulador y recibir la contestación a oído no podía menos que sorprenderle. Atribuirle poderes mágicos y pensar que funcionaba por arte de magia era la alternativa más común de explicar el funcionamiento de ese aparato. Como sabemos el telégrafo exigió muchos años de descubrimientos e invenciones. Pero para los neófitos era algo demasiado complicado entender términos como manipulador, electromagnetismo entre tantas otras palabras difíciles de pronunciar como de entender.

En la década del cincuenta Cocorná carecía de energía eléctrica, por lo que para poder transmitir los telegramas tenían que preparar su propia batería de transmisión. La batería tenía una de sus terminales conectada a un extremo de un manipulador o llave y la otra terminal se conectaba a tierra.

Este fue otro aspecto que los telegrafistas de todas las estaciones, pero, sobre todo, de las zonas rurales, donde debían actuar en solitario, tenían que conocer; no sólo la operación de los sistemas de transmisión y recepción de los telegramas —Morse— sino también otros elementos de estación, como pilas, tomas de tierra, etc., y por supuesto toda la reglamentación aplicable a la admisión, curso y entrega de los telegramas —destinos admisibles, lenguajes autorizados, prioridades, tasación, franquicias, ser-

vicios especiales, etc.—, y la normativa administrativa general, organización territorial, relaciones con las autoridades, entre otros.

Los mensajes telegráficos llenaron la vida cotidiana de Inesita hasta 1964, cuando trabajando en el barrio la América de Medellín, TELECOM absorbió a telégrafos, y éstos fueron desplazados por los teletipos. Desde entonces, pasa del telégrafo al teléfono desempeñándose como telefonista, operando llamadas a larga distancia.⁵

Desde ese momento se puede decir que en Medellín desapareció el telégrafo; pues el teléfono lo reemplaza. Inesita de manera nostálgica afirma que desde entonces se acabó el romanticismo en los telegramas.

Entretanto mi madre al dejar la oficina de telégrafos del municipio de Concepción en el año de 1970, al ser trasladada a Marinilla, dejó también ese hermoso oficio de telegrafista, pues de aquí en adelante se desempeñó en otros ramos de la comunicación. Sus dedos tocaron entonces un telégrafo por última vez en 1970, pero, en su mente, hoy, todavía puede escuchar los golpecitos que iban y venían a merced de la electricidad que utilizaba para transmitir los mensajes.

6. Un día de trabajo

Para los primeros años de la década del 50 del siglo XX, el día laboral para Inés Serna y María Jesús Montoya en la época del Código Morse iniciaba a las 7 a.m. Luego de entrar a la oficina de Correos y Telégrafos, conectaban el telégrafo bajando una cuchilla o corriéndola de un lado a otro. En los días de fuertes tormentas debían ser apagados para evitar que una posible descarga eléctrica lo dañara.

Para esos años Marinilla era la central y sus ramales eran Granada, Santuario, San Carlos, San Luis y Cocorná. Las centrales llamaban a todos los ramales para chequear si las líneas estaban funcionando y verificar si los telegrafistas se encontraban en sus puestos.

Después de ser verificadas las líneas, la mayoría de las veces, iniciaban recibiendo circulares de la Gobernación, la alcaldía o de los

5. Para el año 1967, 100 años después de inaugurado el primer telégrafo en Antioquia, había 157 oficinas telegráficas (Ojalvo García & Sevillano Henao, 2009).

diferentes juzgados. Mi madre cuenta que cuando había circulares todos los ramales debían estar pendientes de la transmisión de la central. Las cuales eran muy extensas y no muy lacónicas. Dicha transmisión podía durar hasta dos o más horas. Luego estampillaban las cartas, organizaban y arreglaban el correo que había llegado en la tarde anterior.

Después procedían a transmitir y recibir los telegramas, y se enumeraban y enviaban según el orden en que llegaban. Cuando recibían los mensajes enviados por otra oficina, los pasaban a hojas oficiales, membreteadas, con su propia letra. Luego se doblaba y sólo quedaba a la vista el nombre del destinatario.

Estos telegramas eran entregados lo más rápido posible. Pues ese papel, insignificante en apariencia, estimulaba alegrías, temores y esperanzas. Al fin de mes hacían la relación de los diferentes telegramas; clasificándolos pueblo por pueblo según su origen o destino. Además, ellas manejaban libros de registro donde solamente se anotaba el lugar de remisión y el de destino de los mensajes enviados y recibidos. De los mensajes que recibían, después de registrarlos y pasarlos en limpio para ser entregados, no podían dejar ningún rastro del contenido del texto.

Fuera de los telegramas, recibían cartas y sacaban tarjetas de identidad. Y dependiendo de la oficina donde se encontraban laborando, también les tocaba recibir encomiendas y remesas de dinero, tanto de personas particulares como de entidades oficiales. Cuando terminaban el despacho dejaban registrado el dinero recibido en libros de caja.

Como vemos en el trabajo no sólo les tocaba ser telegrafistas sino que desarrollaron otras muchas tareas relacionadas con otros servicios no propiamente telegráficos.

Cuando una persona llegaba a poner un mensaje se le daba un formulario especial para que lo escribiera allí, pero como a algunos habitantes se les dificultaba escribir el mensaje en pocas palabras⁶ o eran analfabetas

6. Por tratarse de comunicaciones cuyo precio dependían de la clase de servicios y el número de palabras, su redacción era de tipo lacónico, donde se evitan abreviaturas que puedan confundir, se omite la fórmula de saludo y de despedida, se eliminan palabras que no representen ideas concretas, se suprimen artículos, adverbios, pronombres, preposiciones, conjunciones e interjecciones, se unen pronombres enclíticos a verbos conjugados.

o decían tener una letra muy fea solicitaban colaboración para su redacción. En ese tiempo se transmitían gratis hasta 5 palabras para indicar la dirección del destinatario; y el valor por palabra era de 3 centavos y 6 si era de carácter urgente. (Serna Serna, 2010)⁷

Para ahorrar palabras, se volvió de uso corriente, el uso de abreviaturas. La más célebre fue la de *abracaribes*, que reducía a pocas letras la frase: abrazos, caricias y besos.

Cuando un telegrafista daba curso franco a despachos que no tenían franquicia, incurrían en una multa igual al valor del despacho. Así mismo, si daban curso a telegramas de autoridades o entidades que gozaran de franquicia limitada, excediéndose en ésta, y no cobraran la excedencia, pagaban el porte respectivo, e incurrirán en una multa igual al valor de ella.⁸

A pesar de lo anterior, no faltó quienes por amistad enviaban telegramas sin cobrar. Estos telegramas eran conocidos entre el gremio de los telegrafistas como “gorritas”.

Después de recibidos los mensajes, mi madre e Inesita los digitaban usando el código Morse y los transmitían inmediatamente con la ayuda de un manipulador. Cada vez que se oprimía el manipulador hacia abajo con los dedos índice y pulgar se establecía un contacto eléctrico que permitía transmitir los puntos y rayas del código Morse.

Toda correspondencia entre dos estaciones empezaba por la señal de llamada, la cual era una clave con que se identificaba cada municipio, para que dieran línea e iniciar la transmisión. Por lo general antes de enviar un telegrama los telegrafistas se identificaban solamente por su apellido: “Quien transmite: Montoya.”, “Quien recibe: Serna”.

7. El Gobierno Federal expidió el 13 de noviembre de 1865 una circular a través de la cual fijó tarifas para los despachos, que costarían desde entonces 80 centavos por un mensaje no mayor a 12 palabras y 5 centavos por cada palabra adicional. Por la dirección y fecha no se cobraba. (Triana Pineda, 2006).

8. Colombia. Ministerio de Correos y Telégrafos. (18 de febrero de 1949). Artículo 32. *Sobre franquicia telegráfica*. (Decreto 0405 de 1949). Recuperado de <http://201.234.78.217/mincom/documents/portal/documents/root/Normatividad/Legislacion/ANO%201949/decreto%201949%200405.pdf> (23/04/2012)

No obstante, algunas veces no necesitaban que sus colegas se identificaran; pues cuentan que era fácil reconocerlos cuando tenían “transmisión bonita”, como dice Inesita, o cuando ésta era demasiado mala. Cada telegrafista tenía sus características: ligeras variaciones del largo de los puntos y las rayas, así como de los espacios entre las letras y las palabras. Por lo que resultaba muy fácil reconocer su estilo, su “mano”.

Cuando enviaban los mensajes y escribían ESA: significaba que había un telegrama para la Central, y si era para transmitir para otro pueblo escribían PASA.

Una vez la estación receptora respondía, se indicaba la procedencia del mensaje, el número de identificación, la cantidad de palabras, la hora y el destinatario. Si al transmitir se cometía un error, ésta se interrumpía y se daba la señal de error, de inmediato el operador que recibía repetía la última palabra bien recibida seguida de una interrogación y el operador que transmitía reanudaba la transmisión a partir de esa palabra.

Cuando terminaban un telegrama decían “GA” que significaba siga. Si la otra oficina tenía telegramas para enviar contestaba ESA.

No recuerdan cuantas palabras podían transmitir por minuto. Según mi madre un telegrama normal y dependiendo de la cantidad de palabras se podía demorar entre 5 y 10 minutos para transmitirlo. Recordemos que en ese entonces se transmitía letra por letra. Las que eran representadas por puntos y rayas.

La transmisión se realizaba siempre a velocidad manual. Pero existían telegrafistas que recibían y transmitían el Morse, con tanta facilidad y velocidad como cuando “usted respira o camina o cuenta cosas”, como expresó cierta persona al resaltar como su amigo telegrafista transmitía. Por tanto, la velocidad de transmisión en el sistema de Morse dependía de la habilidad del operador que transmitía y, también, del operador que recibía.

En esa época la correspondencia urbana era entregada por el cartero. Pero si la oficina no contaba con este empleado, se debía reclamar personalmente.

A pesar de que su horario de trabajo fue de 7 a. m. a 12 p. m. y de 2 a 6 p. m., para mi madre no era ningún problema cuando en las noches llegaban los campesinos de las veredas a pedirle el favor de entregarles el telegrama o carta que les había llegado; pues en el día se les dificultaba asistir a la oficina de Correos y Telégrafos.

De manera que en sus vidas encontramos un pasado lleno de telegramas familiares, comerciales, bancarios, oficiales, entre otros. Donde transmitían el precio del café, la lotería, informes enviados por la registraduría, juzgados, administración de hacienda, la alcaldía para casos oficiales: como orden público, circulares de las gobernaciones para los alcaldes, giros telegráficos⁹ que ponían a la Caja Agraria, y muchos más.

El contenido de los telegramas que más pasaron por sus manos se referían a onomásticos, felicitaciones: "Adórote. Efusivas congratulaciones", cumpleaños: "¡Feliz cumpleaños, amor...!", anunciando muertes o gravedad de alguna enfermedad: "Acompañándolos duelo aflígelos", matrimonios: "Transmítote votos perpetua felicidad conyugal", angustias económicas: "Gírame platica", agradecimientos: "Agradecido delicadas atenciones dispensáronme", nacimientos: "Felicítote nacimiento nueva hija. Familia mándale saludos", o de personas para avisar que llegaban bien o cuando iban a salir para que los esperaran: "Mándeme mula al río, saludole", entre muchos otros. Todo lo anterior son ejemplos de lo que más o menos les tocaba transmitir.

Es así como por sus manos pasaron tantos mensajes que sus memorias no les dan para arriesgarse a calcularlos, lo cierto es que fueron miles y miles.

Entre los telegramas más largos que les tocó pasar o recibir a Inesita y a mi madre, estaban las circulares, los robos de ganado o de algunos objetos los cuales eran descritos detalladamente, pues era la única manera de identificarlos.

9. GIRO TELEGRÁFICO: una orden para pagar a la persona a quien llegaba el telegrama, entonces la gente pagaba el doble cuando era un giro telegráfico. Para no mandarlo por correo

También les era prohibido discutir o rechazar cualquier telegrama que les era transmitido, pues su misión era simplemente enviar los mensajes. El decreto 1418 de 1945 decía: "Todo telegrama deberá transcribirse tal y como el expedidor lo haya escrito y según su minuta."¹⁰ No obstante, estos mensajes debían ser demasiado claros pues tenían prohibido recibir telegramas en clave o que indicaran una amenaza contra el orden público, de resto ellas podían transmitir cualquier asunto.¹¹

Inesita cuenta que la mayoría de telegramas enviados y recibidos los realizó entre Medellín y Bogotá. En cuanto a mi madre recuerda que fueron las centrales de Cocorná, Santo Domingo y Marinilla, de las que dependía, donde realizó la mayor cantidad de trabajo.

Los días 24 y 31 de diciembre era cuando más se enviaban y se recibían telegramas. Diciembre era entonces el mes de más recargo, por lo que su horario se extendía y recibían una prima de sobrecargo o bonificación de trabajo.¹² Por lo que los telegramas se acumulaban en esas y en otras fechas especiales. Era normal entonces que el intervalo entre admisión y entrega comprendiese varias o muchas horas, a pesar de que la transmisión entre cada dos estaciones fuera instantánea.

Recibir o despachar telegramas, cartas, giros entre otros significó entonces para ellas semanas sin festivos y sin hora de salida cuando ocurría un evento excepcional o tenían que transmitir resultados electorales.¹³

10. Colombia. Ministerio de Correos y Telégrafos. (14 de junio de 1945). Artículo 1062. *Servicios Nacionales de Correos, Telégrafos y Teléfonos*. (Decreto 1418 de 1945). Recuperado de <http://201.234.78.217/mincom/documents/portal/documents/root/Normatividad/Legislacion/ANO%201949/decreto%201949%200405.pdf> (23/04/2012)

11. En cuanto al contenido de los telegramas, en el informe del director general de correos y telégrafos en 1877, Flavio Pinzón, se consideró que como el telégrafo era un elemento de progreso y de civilización, y por tanto de moralidad, y ante algún mal uso que se había dado, era "tan moral como lógico prohibir el que se admitan telegramas en que se insulte a las personas a quienes se dirijan, o en que se comuniquen hechos que pequen contra la moral o la decencia, o que contenga palabras obscenas" (Gómez Rodríguez, 2012)..

12. En los años setenta en Medellín, un solo mensajero podía repartir 200 telegramas en un día. En navidad la cifra subía a 500.

13. En los días de elecciones trabajaban de 7 a. m. a 11 p. m., y varias veces les tocó pasar la noche de claro en claro.

Como era casi imposible que los telegrafistas fueran reemplazados temporalmente, pues necesitaban un permiso de Bogotá para poder practicar porque tenían que guardar el sigilo del telegrama, nos relata Inesita que le tocó laborar durante 6 años sin días libres y sin vacaciones.

El servicio se ofrecía directamente en las ventanillas de la estación telegráfica. La cual fue una especie de confesionario donde el público les daba explicaciones de sus asuntos personales. En aquella relación surgían preguntas o consultas diversas, por lo que mi madre e Inesita fueron consejeras, cómplices o personas próximas a las que confiaron muchos problemas personales. Y es que al poder comprender este lenguaje seco y golpeado se convertían en las “dueñas del mensaje”, pues por sus manos pasaban traducidas las cuestiones del Estado, los asuntos del comercio, la noticia palpitante, los éxitos y los reveses, el amor y el odio, la comedia y la tragedia de la vida bajo el ropaje de felicitaciones o pésames. De ahí que, en secreto conocían los más mínimos detalles de los distintos habitantes.

Como sabemos, el contenido de los telegramas les era prohibido divulgar por el juramento de sigilo que habían prometido cumplir el día de su posesión. Por esta razón, ellas debían ser como los sacerdotes: necesarias, profundas, silenciosas y prudentes.

Al final de la jornada, cuando llegaba la hora de cerrar la estación telegráfica, ó de la tarde, las centrales principales de todo el país se comunicaban con Bogotá, quien era la encargada de dar la orden de cierre. A continuación las centrales se ponían en contacto con sus ramales, y las despedían hasta el día siguiente. Pero si Bogotá no daba la orden debían permanecer en sus sitios de trabajo.

Como hemos leído, manipuladores y sonadores fueron para estas dos “hijas del telégrafo”, sus herramientas de trabajo por muchos años de su vida. Así, mi madre de vez en cuando recordando aquellos tiempos se pone a simular con sus dedos, dando golpecitos sobre una mesa, como era que transmitía y lamentándose que su manipulador se hubiera perdido. Pues este aparato que guardó durante mucho tiempo era prueba de los 20 años y 2 días que trabajó en telecomunicaciones. Según ella, con él me hubiera podido enseñar cómo con sus dedos índice y medio estableció miles de contactos eléctricos que le permitieron transmitir los puntos y rayas del código Morse.

Y es que estas primas saben que durante mucho tiempo sirvieron a miles de personas que requerían de las comunicaciones.

7. Epílogo

En los años 80 del siglo anterior el telégrafo firmó en Colombia su carta de defunción. Y con él se fueron al olvido cientos de telegrafistas de provincia. Desapareciendo con ellos los postes, alambres y su vocabulario específico que formaron parte de su vida laboral.

De hecho, después de que TELECOM le entregara a Adpostal el manejo de este servicio, en 1998, los telegrafistas, como algunos de la década del 70, fueron reubicados en otros puestos como telefonistas de larga distancia y recepcionistas de monitoreo. En el 2000 su figura fue reemplazada por el teleprintista, un operario encargado de digitar el telegrama en el Yentex, una terminal de computador que codificaba los mensajes.

En cuanto al telegrama, el teléfono con su generalización e inmediatez lo dejó en desuso, aunque el golpe de gracia se lo dio el correo electrónico quien lo está borrando del mapa laboral.

Por último, en 1999, se canceló oficialmente la clave Morse en los barcos, uno de sus últimos refugios. En la actualidad solo se conserva en el entrenamiento militar táctico para situaciones de emergencia, pero día tras día se escucha en el éter a miles de radioaficionados que la utilizan en el mundo siguiendo, de manera nostálgica, las huestes de Samuel Morse. Cabe recordar que la codificación de las señales, que es hoy la base de todos los sistemas de información y telecomunicación, se inició con el código Morse, primer código binario utilizado en el mundo.

Y es que el desarrollo de la tecnología, como lo vemos a diario, va dejando obsoleto en un dos por tres lo que ayer creímos era el más maravilloso y grandioso invento. Es como para quedarse pasmado, antes se podían transmitir unos cuantos símbolos por minuto, ahora se pueden transmitir millones de símbolos por segundo.

No cabe duda de que los tiempos son otros y, hoy, los medios de comunicación acaparan la atención del mundo digitalizador rompiendo las

barreras del tiempo y la distancia; y ya no están aquellos antiguos aparatos que enviaba rayas y puntos, que debían descifrarse. Es así como actividades que mueren y dejan de ser recordadas le brindan espacio a otras más modernas que mantienen el mismo fin último: comunicar.

El sistema telegráfico en Colombia se siguió pues utilizando hasta bien entrado el siglo XX cuando el desarrollo tecnológico adquirió ritmos insospechados. Un nuevo siglo, un nuevo medio, que no borraría la esencia de aquel que durante la segunda mitad del siglo XIX fuera la base de nuestras comunicaciones, un medio que, según Marshall MacLuhan inauguraría su famosa "Era electrónica", aquella de donde surgiría la hoy manida "Aldea global".

En una página de Internet, relacionada con la telegrafía, alguien escribió:

Me dio mucho placer toparme con la página de la Asociación de Amigos del Telégrafo de España. Creí que yo me estaba volviendo un melancólico solitario por comunicaciones que ya no existen. Pero el telégrafo sigue teniendo tanto valor por sí y para explicar cómo llegamos a Internet (El Cable, 2007).

Con esta breve reseña he querido resaltar la labor de los hombres y mujeres que durante siglo y medio con su tesón, capacidad y sacrificio se encargaron de los servicios telegráficos que como vimos comprendió más que la telegrafía, y que han sido un antecedente necesario y honroso para la espléndida realidad actual de las Telecomunicaciones.

Felicitaciones a los telegrafistas que aún están con nosotros y a todos los que conocen la labor.

Bibliografía

Botero, M. L. (2006). Guerra en clave morse. *Revista Folios*, (9), 6-12.

El Cable. (25 de octubre de 2007). *Amigos del Telégrafo de España*. Recuperado el 11 de marzo de 2012, de <http://elcable.wordpress.com/2007/10/25/amigos-del-telegrafo-de-espana/>

Herazo Berdugo, E. (2010). *Apropiación del telégrafo en Bogotá, 1865-1900*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional, Colombia. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/2979/1/428199.2010.pdf>

Ojalvo García, I., & Sevillano Henao, O. A. (2009). *Configuración y servicios de telefonía IP con video sobre trixbox y su impacto sobre las telecomunicaciones*. (Tesis de pregrado). Universidad Eafit, Medellín. Recuperado de https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/2739/OjalvoGarcia_Isaac_2009.pdf?sequence=1

Pineda Triana, J. G. (2006). El telégrafo eléctrico y la idea de modernidad en la segunda mitad del siglo XIX en Colombia. *Cuadernos de Curaduría* (4.º ed.). Recuperado de <http://www.museonacional.gov.co/Publicaciones/publicaciones-virtuales/Documents/telegrafo.pdf>

Rodríguez Gómez, J. C. (2012). La Telegrafía: Una revolución en las telecomunicaciones de Colombia: 1865-1923. *Credencial Historia N.º 265*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/enero2012/telegrafia>

Velásquez Toro, M. (2009). Plan integral de formación especializada para la implementación de los módulos de aprendizaje auto dirigido en el módulo de género y justicia. En 4.º *Curso de Formación Judicial Inicial para Magistrados, Magistradas, Jueces y Juezas de la República*. Escuela Judicial Lara Bonilla. Recuperado de Rama judicial: https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpcccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Equidad%20de%20Género/Secciones/Publicaciones/Documentos/2011/218_10_genero_y_justicia.pdf